

El señor Ministro:

Señor Gobernador:

El hecho de ser vos, en quien se reúnen prendas de gran valor y estima, ya sea que se considere vuestra alta posición oficial como digno gobernante de un pueblo, ya vuestras virtudes privadas, como miembro principal de una sociedad, que hace honor al país, a quien ha tocado dedicar esta magnífica fiesta, en honor de huésped tan ajuño de merecimientos como escaso de facultades, es asunto que obliga mi reconocimiento con hondo e irrevocable recuerdo que vivirá en mi memoria para siempre. Pero hay más, cuando en este banquete veo reunidos los exponentes más altos de la banca, del comercio, de la agricultura, del foro, del periodismo, y de otros gremios, me siento verdaderamente abrumado, bajo el peso de esta manifestación, y en nombre del Gobierno a quien sin duda van encaminados estos homenajes, ya que la persona que lo representa por razones antes enumeradas debe no tenerse en cuenta, no puedo menos de daros las gracias más rendidas.

Impulsar las obras que con tanto acierto señaláis señor Gobernador como más necesarias, será para mí una verdadera y cumplida satisfacción, pues bien comprendo que ellas deben contribuir a dar a esta rica región del país un gran desarrollo, que pondrá más en alto si cabe, vuestro nombre tradicional de pueblo progresista y trabajador y os ofrezco poner de mi parte todo es-

fuerzo a fin de conseguir el deseado fin.

Yo querría ver también que al menos se principiara la restauración de vuestros incomparables monumentos, de estos monumentos en los cuales cifró la madre Patria su orgullo y su grandeza, y para cuya construcción derramó sin taca sus grandes tesoros, haciendo de Cartagena la hija predilecta de la América Española.

La provisión de aguas en vuestra ciudad, como bien me lo habéis manifestado, es otro punto de la mayor importancia al cual como los anteriores estoy dispuesto a prestar toda atención, contando de antemano con el apoyo de la representación por este Departamento en el próximo Congreso y con el vuestro personal que es de gran valía.

Soy por temperamento y por respeto a mí mismo, enemigo de hacer promesas que no puedan cumplirse, como que ello envuelve cierto apartamiento de lo honorable y mucho de acercamiento a la mentira que envilece, y de ahí que os diga que si no es posible llevar a cabo todo el programa que vos y yo hemos bosquejado en materia de mejoras, en su conjunto, como es lo probable, si se puede con buena voluntad como la hay, adelantar a medida de las circunstancias y recursos lo más urgente y necesario. La escogencia toca hacerla a vosotros.

Señores: La Providencia ha querido darme con el conocimiento de Cartagena la satisfacción de ver colmada u-

EL MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS

Los diarios de la ciudad han venido comentando en estos últimos días el nombramiento del ministro de obras públicas que se anuncia para dentro de muy poco, y al rededor del cual se agitan justamente las más altas aspiraciones nacionales. A fin de que aquél ramo que es hoy, sin duda, el más importante de la administración pública, quede en manos de un hombre que tenga no sólo una vasta versación en las cuestiones administrativas, sino también una alta y plena conciencia de las grandes responsabilidades que sobre ese despacho vienen gravitando, y acerca de las cuales la opinión de la prensa es unánime.

El país cuenta hoy desafortunadamente con muy pocos hombres, suficientemente preparados para que su actuación en aquél departamento del poder ejecutivo, sea tan lúmina como eficaz, y brinde los frutos del avance y prosperidad que la nación requiere, en forma cada vez más imperiosa, dada las excepcionales circunstancias porque atraviesa y dado el pie en que se hallan algunas de las obras públicas, en las cuales tiene el país fijas sus mejores esperanzas.

Por estas razones, que son tan breves como poderosas, la designación del nuevo ministro de obras públicas, afectará por igual a los más caros intereses nacionales, y bien puede afirmarse que del acierto con que se haga la escogencia del hombre que haya de ponerse a su frente, dependerá la suerte del progreso del país, que no puede retardarse más tiempo, y en torno del cual todos los colombianos formamos hoy una sola corriente.

El nombre del general Salvador Franco ha venido mencionándose insistentemente, como el del candidato que cuenta en las esferas oficiales con la mayor confianza y las mejores simpatías. La prensa ha reconocido, de manera unánime, al general Franco sus altas condiciones morales, su auténtico patriotismo, su tolerancia espiritual, su absoluta independencia y su probidad sin mácula. Pero el reconocimiento amplio y categórico de estas grandes virtudes ciudadanas, no ha sido óbice para que la misma prensa haga al nombre del general Franco la tacha pueril de que por haber prestado sus servicios en la actual administración y en otras anteriores, en varios despachos ejecutivos, no es el más indicado para asumir la dirección de las obras públicas.

Quiénes conozcan al general Franco, algo más que por su nombre limpio y por su vida austera, y hayan tenido la ocasión además, de apreciar su espíritu de trabajo, sus condiciones de organizador y su energía discreta y mesurada, saben de sobra que es acaso en el ministerio de obras públicas, donde el general Franco podrá desplegar, con mayor beneficio para el país, sus dotes de hom-

Por otra parte, la misma circunstancia de que el general Franco haya tenido ocasión de prestar sus valiosos servicios, en forma siempre patriótica y desinteresada, en otras ramas del poder ejecutivo, sin lugar a que se le haya hecho durante su larga actuación pública, la más leve censura, lo capacita ampliamente para realizar hoy en el ministerio de obras públicas la labor metódica y acertada que el país necesita.

En todos los países bien organizados, es justamente el hombre que ha tenido una larga trayectoria, en la cosa pública, y que pueda exhibir sus actuaciones limpias de toda culpa, quien se hace acreedor a la confianza de su país y a los puestos de mayor responsabilidad. Así vemos, guardadas proporciones, que en Francia un Poincaré, un Briand, un Herriot, pasan de un ministerio a otro frecuentemente, según lo exijan los intereses y las necesidades nacionales.

Bien sabemos que el general Salvador Franco se ha mostrado reacio a aceptar el ministerio de obras públicas, y que sin duda será necesario hacer un llamamiento a su patriotismo para que asuma la dirección de las obras nacionales, pero al frente de éstas el país necesita, ante todo y por sobre todo, un hombre que le brinde las altas garantías que el general Franco, en buena hora, está en capacidad de ofrecerle.

El país necesita que a la cabeza de la más importante de los ministerios haya no solo un hombre dotado de elevadas dotes de organizador, sino que también sea dueño de una absoluta y de una intransigente austeridad.

G. T. A.

mo, y de otros gremios, me siento verdaderamente abrumado, bajo el peso de esta manifestación, y en nombre del Gobierno a quien sin duda van encaminados estos homenajes, ya que la persona que lo representa por razones antes enumeradas debe no tenerse en cuenta, no puedo menos de daros las gracias más rendidas.

Impulsar las obras que con tanto acierto señaláis señor Gobernador como más necesarias, será para mí una verdadera y cumplida satisfacción, pues bien comprendo que ellas deben contribuir a dar a esta rica región del país un gran desarrollo, que pondrá más en alto si cabe, vuestro nombre tradicional de pueblo progresista y trabajador y os ofrezco poner de mi parte todo es-

fuerzo a fin de conseguir el deseado fin.

Yo querría ver también que al menos se principiara la restauración de vuestros incomparables monumentos, de estos monumentos en los cuales cifró la madre Patria su orgullo y su grandeza, y para cuya construcción derramó sin taca sus grandes tesoros, haciendo de Cartagena la hija predilecta de la América Española.

La provisión de aguas en vuestra ciudad, como bien me lo habéis manifestado, es otro punto de la mayor importancia al cual como los anteriores estoy dispuesto a prestar toda atención, contando de antemano con el apoyo de la representación por este Departamento en el próximo Congreso y con el vuestro personal que es de gran valía.

Soy por temperamento y por respeto a mí mismo, enemigo de hacer promesas que no puedan cumplirse, como que ello envuelve cierto apartamiento de lo honorable y mucho de acercamiento a la mentira que envilece, y de ahí que os diga que si no es posible llevar a cabo todo el programa que vos y yo hemos bosquejado en materia de mejoras, en su conjunto, como es lo probable, si se puede con buena voluntad como la hay, adelantar a medida de las circunstancias y recursos lo más urgente y necesario. La escogencia toca hacerla a vosotros.

Señores: La Providencia ha querido darme con el conocimiento de Cartagena la satisfacción de ver colmada una de las verdaderas ilusiones de mi vida. Mucho había oído hablar de vuestras riquezas históricas, de vuestra situación privilegiada, había leído la descripción magnífica de vuestra ciudad, hecha por uno de vuestros hijos predilectos, en general Posada Gutiérrez; pero todo ha sido superado por la percepción personal de las cosas. Quiera Dios que las sombras protectoras de vuestra prosperidad colectiva y personal vaya cada día en aumento y que Cartagena sirva siempre de faro luminoso en el avance del pueblo colombiano.

responsabilidades que sobre ese despacho vienen gravitando, y acerca de las cuales la opinión de la prensa es unánime.

El país cuenta hoy desafortunadamente con muy pocos hombres, suficientemente preparados para que su actuación en aquél departamento del poder ejecutivo, sea tan tinsa como eficaz, y brinde los frutos del avance y prosperidad que la nación requiere, en forma cada vez más imperiosa, dada las excepcionales circunstancias porque atraviesa y dado el pie en que se hallan algunas de las obras públicas, en las cuales tiene el país fijadas sus mejores esperanzas.

Por estas razones, que son tan breves como poderosas, la designación del nuevo ministro de obras públicas, afectará por igual a los más caros intereses nacionales, y bien puede afirmarse que del acierto con que se haga la escogencia del hombre que haya de ponerse a su frente, dependerá la suerte del progreso del país, que no puede retardarse más tiempo, y en torno del cual todos los colombianos formamos hoy una sola corriente.

El nombre del general Salvador Franco ha venido mencionándose insistentemente, como el del candidato que cuenta en las esferas oficiales con la mayor confianza y las mejores simpatías. La prensa ha reconocido, de manera unánime, al general Franco sus altas condiciones morales, su auténtico patriotismo, su tolerancia espiritual, su absoluta independencia y su probidad sin mácula. Pero el reconocimiento amplio y categórico de estas grandes virtudes ciudadanas, no ha sido óbice para que la misma prensa haga al nombre del general Franco la tacha pueril de que por haber prestado sus servicios en la actual administración y en otras anteriores, en varios despachos ejecutivos, no es el más indicado para asumir la dirección de las obras públicas.

Quienes conozcan al general Franco, algo más que por su nombre limpio y por su vida austera, y hayan tenido la ocasión además, de apreciar su espíritu de trabajo, sus condiciones de organizador y su energía discreta y mesurada, saben de sobra que es acaso en el ministerio de obras públicas, donde el general Franco podrá desplegar, con mayor beneficio para el país, sus dotes de hombre público, toda vez que la índole misma a que ha consagrado sus actividades lo aproxima real y positivamente a la labor que hoy es necesario realizar en ese ministerio, que necesita igualmente del respaldo de sus múltiples virtudes cívicas.

frecuentemente, según lo exijan los intereses y las necesidades nacionales.

Bien sabemos que el general Salvador Franco se ha mostrado rehacio a aceptar el ministerio de obras públicas, y que sin duda será necesario hacer un llamamiento a su patriotismo para que asuma la dirección de las obras nacionales, pero al frente de éstas el país necesita, ante todo y por sobre todo, un hombre que le brinde las altas garantías que el general Franco, en buena hora, es capaz de ofrecerle.

El país necesita que a la cabeza del más importante de los ministerios haya no solo un hombre dotado de elevadas dotes de organizador, sino que también sea dueño de una abnegación y de una intransigente austeridad.

G. T. A.